

CARLOS VIDAL: EL RUMOR DE LOS RECUERDOS

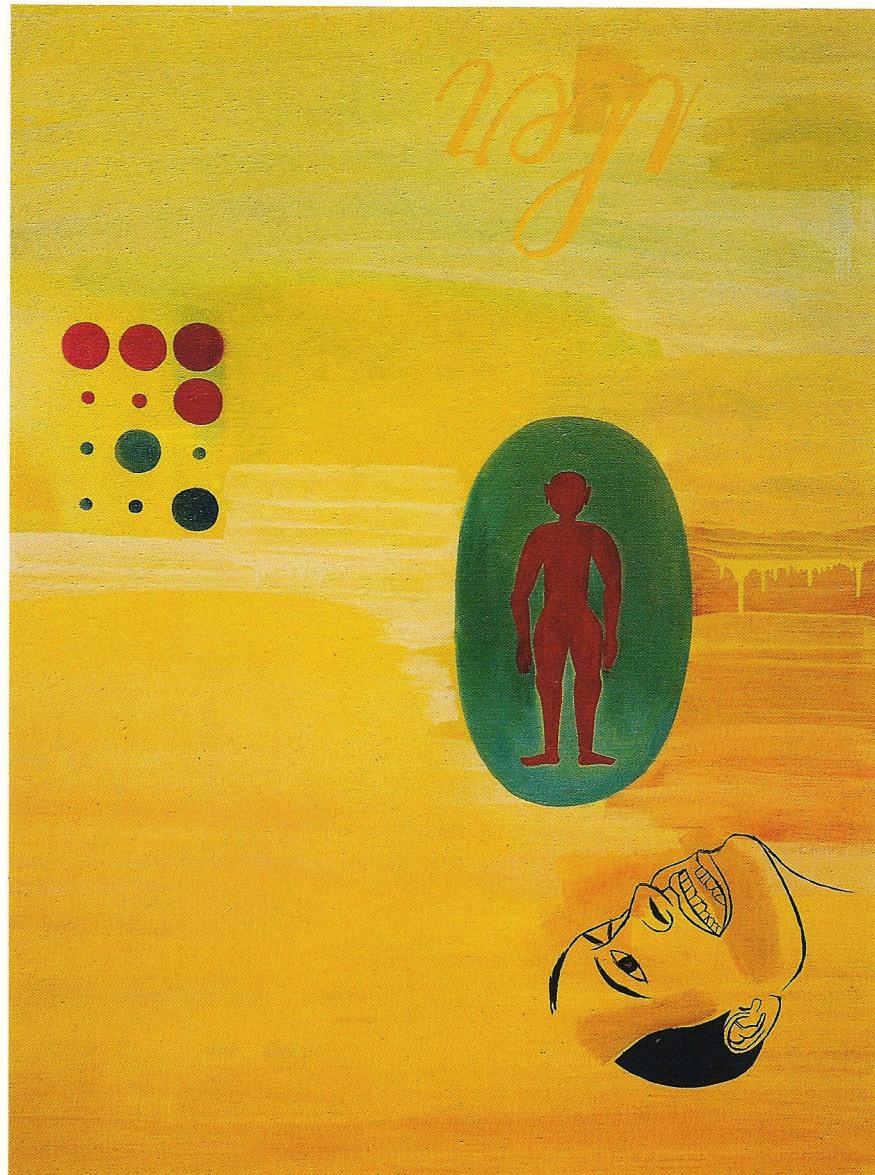
STEPHEN HUGUES

*Ser es, esencialmente, ser memoria.
Emilio Lledó, "El silencio de la escritura".*

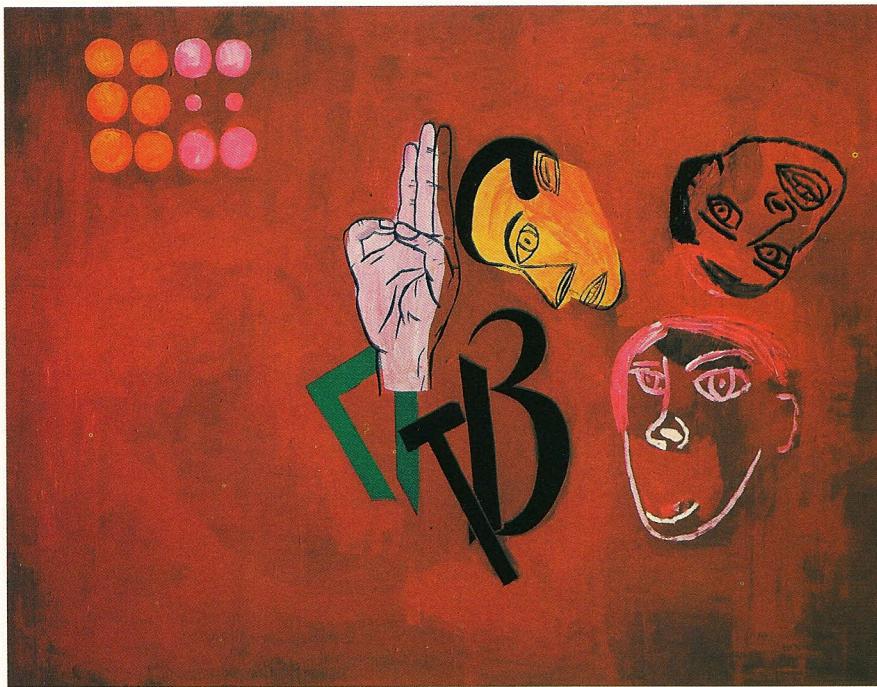
*Las percepciones caen en el cerebro como semillas en un campo surcado o incluso como chispas en un cuñele de pólvora.
Georges Santayana, "Interpretaciones de la poesía y la religión".*

En estos tiempos de desmemoria histórica y política, uno de los últimos repositorios de la memoria es la escultura. La memoria colectiva puede fallar, como cuando un público hastiado y amnésico perdona las contradicciones de sus políticos, pero el individuo no puede dejar de ser un mosaico de su pasado. Como escribiera Emilio Lledó en *El silencio de la escritura*, "Todo lo que hacemos y, por supuesto, todo lo que vive nuestro cuerpo, se sostiene, entiende y justifica sobre el fondo irrenunciable de lo que hemos sido. Ser es, esencialmente, ser memoria". Y para el artista, ese fondo irrenunciable es la base de la creación, que plasma la memoria en la obra de arte.

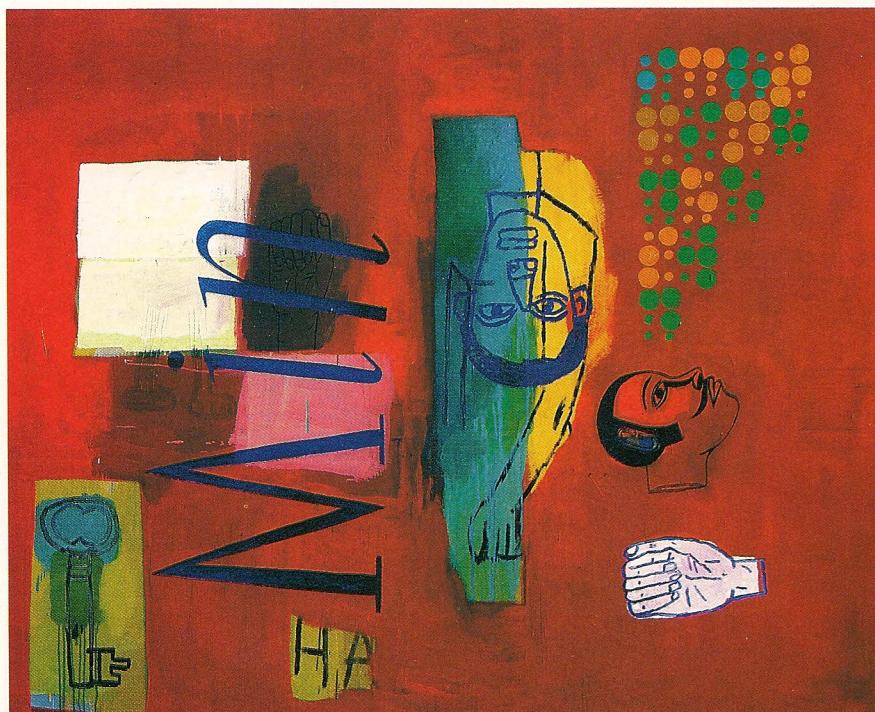
La vida del pintor mexicano Carlos Vidal (Chiapa de Corzo, 1957) le ha llevado desde su ciudad natal hasta las grandes urbes de Ciudad México, Roma y Madrid, desde zonas selváticas hasta tierras secas, desde América hasta Europa. Por eso, no debe sorprendernos si su pintura también une elementos variados y hasta dispares, siendo el reflejo de la complejidad de una vida. Es, sin embargo, una mezcla coherente, producto de la madurez. Después de un interesante período de tanteo y experimentación, la pintura última de Carlos Vidal demuestra una gran seguridad y síntesis, como se ve en las pinceladas de *'Para darle confianza al sueño'* o en la contundente pero ágil composición de *"¿cómo cerrar las puertas del sueño?"*. Sigue manejando el peso de los colores fuertes y profundos, como en *'El parpadeo de las urraca'*.



Carlos Vidal. "Soñaba y no era un sueño". 1997. Óleo sobre lienzo. 130 x 97 cm.
Fotografía: Gonzalo de la Serna.



Carlos Vidal. "El parpadeo de las urracas". 1996. Óleo sobre lienzo. 89 x 116 cm.
Fotografía: Gonzalo de la Serna.



Carlos Vidal. "Los dibujos de las moscas". 1996. Óleo sobre lienzo. 130 x 162 cm.
Fotografía: Gonzalo de la Serna.

cas", pero ahora se atreve también con la peligrosa delicadeza de los colores livianos y claros que, por ejemplo, arrinconan el último resquicio de verde fuerte en un esquina de "Con la punta del zapato". Y con gran dominio de los elementos y la composición, Vidal se está explayando en cuadros más grandes, pero a la vez más despejados, inicio de la claridad de sus ideas. Como dijera una vez el batería de jazz Shelley Manne, las notas que no se tocan son tan importantes como las que sí, y lo mismo ocurre en el equilibrio de estos cuadros: los espacios son tan esenciales para el equilibrio del conjunto como motivos y elementos figurativos.

Carlos Vidal es un pintor de la nueva plástica, de la corriente integradora, que une como elementos estéticos en sus creaciones lo abstracto y lo figurativo, los componentes plásticos fundamentales con las representaciones de lo percibido, sin prejuicios por su origen en la teoría o en la experiencia, por su nacimiento en el lado derecho o izquierdo del cerebro. Y mientras es cierto que no pinta tanto la "realidad" que nos rodea sino una abstracción que combina partes de esa realidad exterior con elementos no representativos, no es menos cierto que lo que pinta es una realidad subjetiva, íntima y más viva que la mera imitación de los objetos. Los cuadros de Carlos Vidal reflejan la vida interior, un compendio de recuerdos y sensaciones, que varían desde un trazo hasta un torso, desde un pollito hasta el color del celofán que envolvía las golosinas de la niñez. Como dice Emilio Lledó en *El surco del tiempo*, "Todo acto de creación, toda obra escrita es producto no sólo de una inmediata elaboración, sino de una gestación, de un largo proceso. Lo que llamamos obra literaria, y que aprendemos a manejar como si fuera un todo, es un conjunto de partes, de frases, incluso de palabras, surgidas al ritmo de la vida, o sea de la 'respiración' de su autor". Aunque Lledó se refería a la palabra escrita, esa afirmación no es menos cierta para el creador plástico, que puebla sus cuadros de significados y emociones.

▲ **Carlos Vidal.** "Los sitios del recuerdo". 1996-1997. Óleo sobre lienzo. 195 x 195 cm. Fotografía: Gonzalo de la Serna.

▼ **Carlos Vidal.** "La piel del lago". 1996. Óleo sobre lienzo. 195 x 195 cm. Fotografía: Gonzalo de la Serna.

dros con los trozos de la experiencia que sobreviven en la memoria y a través de los cuales se oye el rumor de los recuerdos en la obra, como el oído del creador pendiente del pasado y el presente que le rodea en "Palabras mías que no son mías".

Después de ese lento proceso de asimilación y asociación, estos recuerdos han encontrado cobijo en los lienzos de Carlos Vidal en la forma de caras, manos, zapatos, laberintos, letras, goteos o colores que se juntan y organizan no sólo regidos por su sentido estético, sino por una serie de asociaciones y emociones. Vidal intenta rebelarse contra el automatismo del recuerdo, obligándose a -y recreándose con- pintar con la mano izquierda o incluso con los ojos cerrados (mirando hacia dentro), dejando la mano en directo aunque precario e impreciso contacto con la memoria, de manera parecida a como utiliza las letras o las palabras incompletas como motivos estéticos, desligándolas de cualquier texto pero inevitablemente impregnando el lienzo con el poder sugestivo de la palabra. Los cuadros de Vidal encierran historias y anécdotas soterradas que el espectador intuye en la composición, como el busto que contempla el hombre embrionario de "Soñaba y no era un sueño". Citando de nuevo a Lledó en "El surco del tiempo", "La memoria no es sólo una facultad que almacena informaciones. La memoria constituye, crea, estructura la sustancia de la historia y, por supuesto, de la historia personal de cada autor". En los cuadros de Vidal, esta historia personal es a la vez sueño, por subjetivo e irreal, pero se comunica a través del óleo, volviendo a formar parte de esa realidad exterior llegando a entrar en la memoria-historia del espectador. En efecto, la obra de Carlos Vidal invita a entrar en "Los sitios del recuerdo", un tour de force donde los grandes espacios blancos del olvido envuelven a los iconos y recuerdos, esparcidos entre manchas, borrones y letras mudas, que juntos generan el rumor de los recuerdos. ■

